

La extraordinaria historia de Juan Barreto 25 y 26

Carlos Roncero

Capítulo 1

25

El Conde dispuso que la comitiva marchara en dos días. Mientras tanto, Juan Barreto fue alojado en uno de los mejores aposentos del palacio. La estancia encogió al maestro, que calculó podía ser mayor que toda la escuela de su pueblo. La presidía una cama ciclópea de colcha bermellón, coronada por un dosel dorado algo pomposo incluso para el rococó que definía al lugar. Una legión de amorcillos de tez grisalla adornaba cada una de las esquinas superiores de la habitación. A pesar de sus tiernas y pueriles sonrisas, Juan Barreto no pudo evitar sentirse intimidado por su presencia. Los divanes de enrocados respaldares rodeaban con elegancia una mesa de mármol pentélico situada en el centro geométrico de la habitación. Tres formidables espejos de curvas sinuosas se encargaban de aumentar todavía más la sensación de profusa pesadez de la pieza. Tapices y alfombres la dotaban de calidez pero también la ahogaban de colores difusos y figuras formidables.

Agobiado por el ornamento, el joven maestro se dirigió a una de las ventanas. La abrió con la ansiedad de quien necesita urgentemente oxígeno, quedando gratamente sorprendido por el paisaje. Recordó entonces que al palacio había llegado inconsciente y que, por lo tanto, poco o nada, podía conocer de la zona. Desde el pequeño balcón donde se asomaba podía divisar un pueblo de canto marrón que se enroscaba entorno al edificio. Tras el entramado de tejados alcanzaba a ver una inmensa llanura salpicada de olivares y encinas e incluso pequeños puntos movedizos que identificó como cerdos. Sin duda, todo aquello que alcanzaba a ver pertenecía al señor de la casa. Juan Barreto borró su sonrisa pues la imagen de su pueblo se le apareció inevitablemente.

Deprimido, regresó al interior para comprobar que su estancia daba cobijo a otra, gemela suya, aunque más pequeña. Al entrar no supo si sonreír como lo hiciera Colón al llegar a tierra, o lamentar un lujo que se le escapaba de su entendimiento, pues el cuarto de baño había sido incrustado en su totalidad por losetas de mármol blanco. En el centro, una bañera del mismo material le invitaba a sumergirse en ella lo mismo que las sirenas hacían con los marineros perdidos o avariciosos. Los vapores del agua caliente eran argumento suficiente para sucumbir a la tentación y olvidarse de tan despreciada ostentación, al menos por un momento. Se tragó, pues, sus escrúpulos y se desvistió con la impaciencia del osado. La sensación del agua caliente en la piel superó todas las expectativas y pronto su cabeza reposó en el extremo de la bañera fijando los ojos en el papel decorado del techo. También en cada esquina un amorcillo le sonreía. Le pareció curioso que desde la perspectiva del descanso y del relax aquellas pequeñas estatuas infantiles ya no le intimidaran sino todo lo contrario; incluso les devolvía la sonrisa con agrado. Después de jugar

con sus miradas, el cansancio le cerró los ojos y se durmió.

Poco pudo dormir, ya que, de repente, una idea le invadió el subconsciente hasta despertarle. Abrió los ojos asustado ante el nuevo planteamiento. ¿Y si fuera al revés? ¿Y si el sueño consistió en haber vivido en el siglo veinte y la realidad fuera la del dieciocho? Tembló, pues no le pudo negar un porcentaje de posibilidades a aquel pensamiento; mínimo, pero no se lo negó. ¿Y si su pueblo era imaginario?, ¿y si ser profesor no era más que el producto de una misma ilusión? ¿Sería verdad que la muerte de su madre y su hermana por tuberculosis no era más que el recuerdo de un sueño insondable? Eso significaría que no había ido a Madrid becado para estudiar magisterio, que la guerra no era más que ese sueño transformado en pesadilla y que Santiaguito ni le odiaba ni le había disparado; simplemente, no existía.

En cierto modo se sintió aliviado. Después de todo, no era mala alternativa. ¿Pero entonces por qué no podía recordar la vida que había llevado en el siglo dieciocho? Mientras la temperatura del agua abría pausadamente los poros de su piel sumisa, hilvanó una coartada que justificaba su amnesia. De algún modo, que aún estaba por descubrir, había llegado a la playa; allí habría sufrido un golpe, enigmático también, y en el momento en el que despertó amnésico, se encontró con el pirata don Diego Quintana y Salazar. Le gustaba la idea, pues era menos sufrida que su realidad anterior. La caricia inconsciente de los dedos sobre su pecho arañado hizo tambalear su tesis por momentos. ¿Y el oso, o lo que fuera esa bestia? ¿Por qué le había perseguido? ¿Lo había puesto ahí el diablo en persona para atacarle? No fue su intención pero la imagen de la bestia corriendo tras él fue lo último que recordó antes de volver a ser vencido por el abatimiento.

La pérdida de calor del agua terminó por despertarle. Abrió los ojos relajado, en paz consigo mismo y quedó sorprendido al ver que los rayos del atardecer se despedían del día lamiendo el techo del baño. Bajo los efectos de aquella luz, las sonrisas de los amorcillos ya no parecían tan acogedoras. Tras secarse vio que sobre los divanes habían colocado ropas nuevas. Al ponérselas y mirarse al espejo, la elegancia del resultado le agradó. De hecho, empezó a jugar haciendo reverencias hasta elegir la más acertada. Los candelabros de su habitación habían sido encendidos lo que le confirmó la profundidad de su descanso. Quizás el hecho de no haber soñado nada era lo que más había contribuido a su extraño estado de felicidad.

El reposo prolongado le había activado el organismo y la curiosidad, de modo que salió de su habitación con la intención de explorar el edificio hasta donde el decoro y la prudencia le indicaran. Asomó la cabeza por la puerta para encontrarse con el silencio más absoluto. Los candelabros iluminaban el pasillo pues la noche había cubierto ya al día. Su ánimo acabó por desvanecerse cuando, tras recorrer

todos los rincones posibles del edificio, comprobó que se hallaba en una soledad, cuanto menos, inquietante. Concluyó veloz que las costumbres de la casa dictaban un retiro temprano a los respetivos aposentos. Desilusionado, pues le apetecía conversar, encaró de nuevo las escaleras y se dirigió al corredor que conducía a su alcoba.

Fue entonces cuando reparó en que las paredes habían sido alegradas con distintos retratos que, supuso, serían miembros, vivos o muertos, de la familia del Conde. Sonrió divertido al descubrir que los hombres de esa estirpe eran todos, como mínimo, semejantes al conde en su obesidad y ojos de pez, contrastando con la belleza y elegancia de sus esposas. No había excepción, el patrón se cumplía en todos los retratos, en especial en el del Conde y su difunta mujer, cuya belleza maravilló al maestro. El parecido con Rocío era tan asombroso que empezó a pensar si, en realidad, la retratada no sería ella misma. Como quiera que para pensar retiró la vista de los retratados, sus ojos quisieron caer en un lado del cuadro, activándose una de las pocas manías que llevaba coleccionadas en su corta vida. Las manías, esos pequeños e insignificantes caprichos que condicionan tanto nuestra existencia.

Juan Barreto no podía ver un cuadro torcido. Desde luego, la desviación de este respecto a la horizontal era mínima, pero suficiente para encenderle sus nervios y hacerle apretar la mandíbula como hacen todos los maniáticos cuando tratan de velar su incomodo. Aunque se sabía en soledad, miró a ambos lados del pasillo y solo entonces colocó el cuadro correctamente, coincidiendo su acción con un ruido corto y seco, como un golpe. Se extrañó pues no veía que hubiera movido o hecho caer nada. Al volverse para seguir camino quedó estancado por la sorpresa. Una puerta había aparecido de la nada en medio del pasillo, justo en frente del retrato del conde. Su corazón se aceleró pues era evidente que había activado el acceso a una estancia secreta. Un pasadizo oculto; qué idea tan deliciosa adentrarse en él. Una tentación indomable. Asomó la cabeza a la apertura, aconsejándole la oscuridad reinante la conveniencia de coger uno de los candelabros. Desterró, pues, de su conciencia aquel decoro y prudencia que se había impuesto al recorrer el palacio.

El pasadizo era limpio, con un suelo similar al de la parte noble de la casa. El silencio era el único factor que acongojaba su curiosidad. Pronto empezó a distinguir el sonido de unas voces. Aceleró el paso hasta alcanzar a ver una luz tenue. Las voces eran ya distinguibles en número y género, deduciendo que un hombre y una mujer mantenían una conversación distendida. A partir de entonces, fue más ligero y cuidadoso con sus pasos. La mujer rió y Juan Barreto se materializó en estatua pues había identificado a la propietaria de aquella risa. La voz del hombre no terminaba de reconocerla, de modo que avanzó más hasta prácticamente alcanzar la estrecha puerta donde terminaba el pasadizo. Arqueó las cejas al escuchar, ahora sí, con claridad. El capitán Cardosa hablaba con Rocío con una familiaridad que no habían mostrado en público. Juan Barreto

pensó que, ya que había llegado hasta allí, bien merecía la pena echar un vistazo. No le juzguemos por ello; ¿quién no hubiera hecho lo mismo?

Lo primero que se le ocurrió al ver la escena fue el gran disgusto que le daría al Conde si llegara a tener noticia de lo que su hija hacía a sus espaldas. Cardosa y Rocío yacían en la cama. Sus cuerpos desnudos eran acariciados por el débil albor de las velas que les rodeaban. La piel de la joven reflejaba un tono cobrizo a la luz del fuego, dejando embelesado al maestro figón que, atónito, descubría que su conciencia nada podía contra el placer de escuchar una conversación ajena.

- No vuelvas a escaparte- le pidió el capitán-. Esta vez sí que lograste preocuparme.

- Soy libre- reivindicó ella con una sonrisa-, me escaparé las veces que lo necesite.

- Y yo te buscaré.

-Porque te lo ordena mi padre.

- Tu padre es un borracho.

- Pues obedeces a un borracho.

- Me paga, y bien. Además, esa orden conviene a mis deseos, de modo que no tienes nada que reprocharme- y la besó.

- Sabes que en cuanto tenga oportunidad volveré a irme. No puedo casarme con quien no amo. Mi destino es ser actriz- sentenció con sentida convicción.

Cardosa bien sabía por experiencia que no debía hacer la pregunta que le vino a la mente, pero la hizo. La soledad es a veces muy torpe consejera.

- ¿Me amas a mí?

El silencio contestó por ella. El capitán dejó de mirarla para concentrar sus ojos en el techo.

- ¿Por qué me haces esa pregunta? Creí que esto había quedado claro. Nos gustamos, nos reunimos aquí y lo pasamos bien. Yo lo paso bien, ¿tú no?

- Claro que sí, pero me pudo la curiosidad.

- Pues que no te pueda. Y te lo advierto: esta vez no me encontrarás.

Cardosa sonrió.

- ¿Cómo estás tan segura?

- Porque cuento con Juan Barreto.

El maestro a punto estuvo de tirar el candelabro cuando oyó su nombre.

- Entonces mataré a Juan Barreto.

- Ni se te ocurra, ¿me oyes?- le dijo con tono severo-, es mi ángel custodio; me lo envió mi virgencita del Rocío.

- Tú y tu maldita virgencita.

- No te rías de ella- y le golpeó sin atisbo de violencia-. Siempre ha cuidado de mí y de mi madre.

-Tu madre, donde quiera que esté es bien feliz. Cualquier lugar menos este. Hablando de virgencitas- señaló Cardosa animándose con el tema-, ¿cómo vas a hacer para que tu prometido no sepa, ni siquiera intuya, que no eres virgen?

- No tendré que hacer nada porque pienso escapar antes de encontrarme con él.

- Sabes que como hija de la aristocracia, esa mancha te perseguirá siempre.

- Entonces dejaré de ser noble.

Cardosa rió.

- En el fondo, sigues siendo una niña.

- Y tú un baturro- protestó ella ofendida.

- Dime, ¿de verdad estuviste con la vieja noctámbula?

- Creo que sí, pero no me recuerdes eso.

- ¿Es cierto lo que dicen de ella, que resucita a los muertos?

- Si tanto deseas saberlo no tienes más que ir a las ruinas de su castillo y comprobarlo.

- Puede que lo haga algún día, pero ahora lo que me incumbe es custodiarte hasta Madrid; a ti y a ese enclenque de Juan Barreto- el capitán dejó pasar unos segundos preparándose para la siguiente pregunta-. ¿Te acostaste con él?

- No- se quejó ella poniendo una mueca de rencor-, no quiso.

- Lo que yo decía- repuso él complacido con la respuesta-, un enclenque.

La expresión de la joven giró entonces hacia la ilusión.

- Si me hubieras visto en la taberna de Cádiz...Soy buena actriz, créeme. Todos pensaron que era una puta.

- Es que eres una puta- dijo él con una sonrisa.

- Idiota- y le golpeó con cariño el hombro-. Tengo que ser actriz y lo seré. Sabes que siempre consigo lo que me propongo. La prueba es que te tengo en mi mano- y en ese momento fue ella quien mostró la sonrisa de la victoria.

- No me subestimes tanto, anda, que si estoy aquí es por esa bendición de pechos que tienes.

- Ya, eso dicen todos.

-¿Qué todos?- preguntó él con desconfianza. En cuanto vio que había caído en una trampa con el comentario de Rocío, empezó a reír-. Eres buena, he de reconocerlo-Cardosa se volvió entonces para mirar el techo, al tiempo que lanzaba un prolongado suspiro- Tu padre está convencido de que recuperará el favor del rey si le envía la cartera del escribano. Pobre iluso.

- No uses ese tono con él, te lo ordeno.

- Vamos, Rocío, si le detestas.

- Detesto sus decisiones, pero a él le quiero. Es mi padre.

- Tú lo has dicho: tu padre.

- Mi padre, siempre mi padre. Basta ya de hablar de él- protestó-. ¿Qué me dices de ti? Le obedeces como perro fiel. Sí, ya sé que te paga,

pues te pagaré yo.

- ¿Tú?, no tienes nada.

- Te equivocas.

- ¿Ah sí?, ¿en qué me equivoco? ¿Algún collar o piedra preciosa que has heredado de tu madre? ¿Con eso alcanzarás para pagarme y vivir por tu cuenta?

- Olvidas a don Diego.

- ¿El pirata?- preguntó Cardosa con desprecio-¿ese desgraciado?

- No es un desgraciado. Es rico, muy rico.

- Pero si no tiene donde caerse muerto.

- Te digo que es rico y se desvive por mí.

- Sí, tanto que puso pies en polvorosa en cuanto llegamos a Cádiz la primera vez que te escapaste. Por favor.

- Escúchame. Sé que oculta un tesoro; no sé dónde; sospecho que en la costa. Puedo convencerle de que me diga su paradero y entonces todo ese dinero sería nuestro. Tuyo y mío.

Por un momento Cardosa pareció caer en el hechizo de aquellas palabras, pero reaccionó arrugando el rostro.

- Piratas, tesoros, ¿ves como no has crecido?

- Como quieras- dijo encogiéndose de hombros-, pero don Diego está ahora en Madrid- añadió con voz melosa.

- ¿Cómo lo sabes?- preguntó él de nuevo interesado.

- Me lo confesó antes de huir.

Cardosa meditó las novedades. Su respiración se agitó por momentos.

- Basta de conversación. He de irme. Descansa.

En cuanto Juan Barreto vio que el capitán se incorporaba, corrió con pies de pluma hacia la salida. Para su sorpresa, la puerta de acceso al pasillo se había cerrado y no tenía forma de abrirla. Si el capitán le descubría seguramente le acabaría matando. Tanteaba desesperado la

puerta buscando las bisagras, pero estas estaban bien ocultas. Apagó el candelabro pues oía ya los pasos del capitán. Estaba perdido. Retrocedió aterrizado tropezando con un mueble.

- ¿Quién anda ahí?- preguntó enérgico Cardosa.

El movimiento del mueble activó la puerta y el maestro salió corriendo.

- Deteneos- gritó el capitán.

Juan Barreto prefirió jugar la baza de no haber sido reconocido y escapó hacia su dormitorio. Saltó a la cama y se cubrió con las sábanas haciéndose el dormido. Con los ojos entornados vio cómo el capitán abría con sigilo la puerta. Sin moverse del umbral, quedó unos segundos, eternos para el maestro, observando al supuesto dormido. Fue entonces cuando vio sonreír al militar y se sintió perdido. Para su sorpresa, el capitán cerró la puerta y se marchó. Hasta que el último eco de sus pasos no se desvaneció en su propia lejanía no pudo respirar tranquilo. ¿Por qué habría sonreído? Era todo un misterio para él, pero prefirió ignorarlo y tratar de dormir.

La primera sensación que tuvo Juan Barreto al despertarse por la mañana fue la de un miedo punzante en su alma. La imagen del capitán Cardosa atravesándole con su espada había sido la más recurrente en sus sueños, de modo que ahora se derrumbaba pensando en que debía enfrentarse a su mirada en cuanto le viera en palacio. Miró entonces al candelabro viendo en él a un delator. ¿Cómo podía haber sido tan torpe? El candelabro estaba en el origen de la sonrisa enigmática del capitán. Ahora lo comprendía bien: aquella mueca del militar representaba su victoria. Con las prisas y el pavor tras ser descubierto en el pasadizo, había entrado con el candelabro en su estancia y lo había dejado sobre la mesa de noche. Es evidente que el capitán había echado en falta el candelabro en su lugar correcto del pasillo y sonrió al verlo junto a la cama. Estaba perdido.

26

¿Cómo mirar a los ojos de la bella Rocío o a los del hermético Cardosa sin sonrojarse, en el primer caso, o sin temer por su vida, en el segundo? Calificar la situación como embarazosa era ser demasiado generoso. Pensó seriamente en la posibilidad de pasarse por enfermo y permanecer en su estancia todo el día, pero no le agradaba la idea de convivir con esos amorcillos perversos del techo. Además, había despertado con hambre. Una incoherencia como fingirse enfermo y comer al mismo tiempo no se sostenía de ningún modo. Se vistió, pues, preparado para lo que el destino le tuviera reservado ese día y cogió el candelabro con la intención de devolverlo a su sitio. No en pocas ocasiones sentimos al salir

de casa que hubiera sido mejor opción quedarnos en la cama. No es algo que pueda razonarse, no hay explicación posible, pues estamos ante el inestable mundo de las sensaciones. Es una sacudida que nos oprime el pecho, que nos provoca un suspiro, quizás un escalofrío y que nos previene de una jornada, como mínimo, cargada de incertidumbre. En cuanto salió de su habitación y encaró el pasillo, el cuerpo de Juan Barreto se estremeció provocándole el efecto que hemos explicado.

El largo corredor se le antojó tan silencioso que, de inmediato, pensó en una trampa del capitán. Al poco ralentizó su paso pues distinguió a un hombre en el otro extremo del pasillo. Su instinto de ratón de biblioteca le impulsó a ser precavido. Aquella persona le resultó peculiar, como si no encajara en el lujo del edificio. Sus ropas, además, eran de lo más inapropiadas. Pensó si no sería uno de los campesinos del Conde que había conseguido entrar para rogar una limosna. A medida que caminaba hacia él más se convencía de que, sin duda, se trataba de un jornalero. Sin embargo, algo hizo aquella persona que provocó la parálisis del maestro. El intruso, hasta entonces inmóvil, había empezado a andar hacia él lentamente con los brazos extendidos. Juan Barreto sabía perfectamente dónde había visto antes esa forma de caminar. No podía creerlo, no quería creerlo. De nuevo la misma pesadilla.

Los ojos del resucitado cayeron al fin sobre la triste figura del maestro, que no supo qué hacer. Aquel ser necesitado de carne humana corrió como un salvaje hacia su víctima. Sin tiempo a reaccionar, Juan Barreto se vio muerto. Sin embargo, sin saber bien cómo sucedió, su puño se aferró al candelabro y cuando el resucitado estuvo a la altura descargó todas sus ganas de vivir sobre su rostro purulento. La energía empleada sirvió para que la fiera cayera, pero Juan Barreto continuaba sin hallar qué hacer. En aquel momento, dos resucitados más, atraídos por los gritos de su compañero, aparecieron en el pasillo. En efecto, los resucitados habían vagado toda la noche desde las ruinas del castillo hasta dar con el pueblo y el palacio del conde.

Corrieron los dos como posesos a por la pitanza fresca. Juan Barreto sabía que no podría con ellos. Tuvo entonces un instante de lucidez pues su mirada había caído en el retrato del Conde y su esposa. Sus ojos se iluminaron de esperanza. Movié el cuadro pero la puerta secreta no se activó. Apenas le quedaba un nuevo intento pues ya los tenía encima. Probó hacia el otro lado y esta vez sí que pudo acceder al pasadizo. Cerró tras él y respiró aliviado, aunque por poco tiempo, pues sintió cómo se abalanzaban contra él y le aplastaban contra la pared.

- ¿Qué son esas cosas?

La pregunta la había hecho el capitán Cardosa. Estaba tan furioso como

los resucitados.

- Vamos, responded- insistió golpeando el cuerpo del maestro contra la puerta-Rocío, es decir, la hija del Conde, ha dicho que vos lo sabéis.

Juan Barreto no sabía quién le provocaba más miedo, si el capitán o los monstruos de los que se ocultaba.

- Son resucitados. Es obra de la vieja- contestó asustado.

- ¿De la vieja noctámbula?- el maestro asintió- Vive dios. ¿Y cómo demonios se matan? He disparado a dos de ellos y han seguido andando como si nada. Vamos, reaccionad, ¿cómo se matan?

- No, no lo sé -gritó nervioso- Probad cortándoles la cabeza.

El capitán meditó unos segundos con los rugidos de los resucitados como música de fondo.

- Tiene sentido- dijo al fin-. Sí, tiene sentido. Probaremos cortándoles la cabeza.

- ¿Cómo que probaremos?- preguntó temiéndose lo peor.

El capitán apretó el pecho del maestro hasta la asfixia.

- Escuchadme bien, maldito enclenque. Sé que nos espiasteis anoche. Ese mismo candelabro que lleváis en la mano os delata- el maestro soltó de inmediato el candelabro como si con ese gesto pudiera exculparse- Me desayuno todos los días a tres como vos y esta mañana me he quedado con hambre, así que no me andéis importunando con vuestros miedos. Si seguís con vida es porque Rocío así lo ha decidido, porque si fuera por mí os hubiera cortado el gárgate mientras dormíais. Ella ha ido junto al conde, pero desconozco dónde pueden estar, no los encuentro, de modo que tomaréis una de mis espadas y defenderéis la vida de quien ha salvado la vuestra, ¿estamos?

Era justo, pero la justicia no lo logró calmar al maestro y menos cuando Cardosa le entregó una de sus espadas. La mano le temblaba por el peso y el temor proporcionalmente.

- ¿Estáis dispuesto?- preguntó el capitán a punto de arrimar el mueble que activaba la puerta.

- No- contestó a modo de ruego.

El Conde movió el mueble y la puerta se abrió. La embestida fue brutal y, ni que decir tiene, Juan Barreto retrocedió lo suficiente para no participar

en ella. No podía distinguir quién era más salvaje, si los resucitados o el militar. El acceso estrecho al pasadizo jugaba a favor de Cardosa, pues los atacantes entraban de uno en uno, eso sí, con la fuerza propia de las bestias llegadas del infierno. El capitán solo tenía que clavar su espada con mano firme en sus cuellos y girar a izquierda o derecha para cercenar las cabezas.

- Muy inteligentes no parecen, en verdad- señaló el capitán una vez que las tres cabezas cayeron a sus pies-. ¿Cuántos de estos desgraciados visteis en esas ruinas? Juan Barreto, haced el favor de reaccionar y decidme cuántos visteis.

- No lo sé, quince, quizás veinte.

- Santo Dios, veinte de estas criaturas. Vamos, no debemos perder tiempo.

Los dos salieron al pasillo. Juan Barreto caminaba a resuello del oficial deseando contagiarse de un poco de su coraje.

- Lo primero es reunir en la sala de armas a la servidumbre que quede y a mis hombres.

- ¿Y Rocío y su padre?

- Rocío es lista y el conde un cobarde, cualidades ambas para sobrevivir un tiempo. Por eso no podemos demorarnos. ¡Cuidado!

Justo al final del pasillo les sorprendió una criatura que iba directa a Juan Barreto. La espada del capitán le cortó la cabeza a tiempo.

- Ese ha estado cerca- dijo como si le hubiera molestado un mosquito. El maestro quiso preguntarle cuál no había estado cerca hasta ahora pero no lo hizo.

Cuando alcanzaron la baranda desde la que se veía el salón de entrada quedaron desolados. Cinco resucitados se repartían los restos de la guardia del capitán.

- Santo Dios- murmuró el capitán- ¡Mis hombres! ¿Estáis seguro de que esa maldita bruja ha muerto?

-Sí, ellos la mataron- le contestó señalando a los antropófagos.

-Bien- aprobó el capitán complacido-. Ahora, a por ellos. Bajad con sigilo. Están demasiado concentrados en la comida. Honremos a los muertos, a

los de verdad.

En efecto, la carne humana causaba una especie de hipnosis en los resucitados, de tal modo que ninguno ofreció resistencia a perder la cabeza. El último a punto estuvo de reaccionar pues el maestro, agobiado por la indecisión, se tomó su tiempo para dar el golpe de gracia. Cuando los ojos del monstruo se iluminaron y se disponía a saltar sobre su cuello, Cardosa apareció con su espada.

- Por Dios, en verdad que me resulta un misterio lo que ha visto Rocío para respetar vuestra vida.

En la cocina dieron cuenta de dos resucitados que devoraban los cuerpos de las cocineras.

- Con estos dos me suman once de estas criaturas del demonio- señaló el capitán.

- Quizás no lleguen a veinte- comentó con cierta timidez el maestro, quien a continuación narró la batalla entre los resucitados y la banda de la vieja.

- Bueno, pues, en efecto, quizás sean menos.

Justo en ese instante unos gritos humanos llamaron su atención.

- ¡El Conde!- exclamó el capitán-. Sus gritos vienen del exterior.

Las voces de auxilio del noble eran cada vez más intensos y orientaban al capitán hacia las caballerizas. Justamente, allí hallaron a don Juan siendo atacado por uno de los resucitados que se esforzaba por morderle en el cuello. El capitán le cogió por el pelo y tiró de él hacia atrás. Con la energía de aquel gesto, la criatura golpeó con su puño la barbilla del militar. Era la primera vez que uno de ellos le tocaba, provocando que se enfureciera. Su movimiento de espada fue tan raudo que Juan Barreto solo pudo ver cómo la cabeza rodaba por el suelo.

-Socorro, socorro- gritaba el noble protegiéndose la cara con las manos. Cardosa hacía cuanto podía por calmarlo-. ¡Un exorcista, un exorcista!- clamaba. No fue hasta que el capitán le golpeó la mejilla con la mano abierta que el conde enmudeció. Sus ojos atónitos miraban al capitán.

- ¿Cómo os atrevéis?- exclamó el conde con la dignidad que no había tenido hasta ese instante.

- Lo consideré necesario- explicó el capitán con decisión- Decidme, ¿dónde

está vuestra hija?

- ¿Qué son estas cosas?- dijo señalando al cadáver-, están por todas partes.

- Conde, por favor, vuestra hija.

- Teníais que haberles visto atacar a la servidumbre.

-Conde, os lo suplico- alzó la voz el capitán-, ¿dónde está vuestra hija?

- Mi hija- empezó confuso-. Ha huido. Ha ido al bosque.

- ¿A caballo?- inquirió Cardosa.

- Sí.

El capitán dedicó a la inteligencia de Rocío una amplia sonrisa. Luego miró al maestro.

- Señor Barreto, parece que nuestro viaje empieza con un día de antelación.

- ¿Qué queréis decir?

- Que nos vamos. Elegid un caballo.

- Esperad, esperad- intervino el Conde asustado-. ¿No iréis a abandonarme así?

- Creo que hemos acabado con todos aquí. ¿Persiguió alguno de estos demonios a vuestra hija?

- Dos, creo, pero, insisto: no podéis iros.

- Conde, con todos los respetos: Rocío no huye de estos monstruos; huye de vos.

El noble reaccionó ante aquella deducción inapelable. El miedo se desvaneció.

- Esperad aquí. Señor Barreto, venid conmigo.

- ¿A dónde?-preguntó el maestro nervioso.

- A por la cartera, por supuesto. No podéis iros sin ella.

- Estaré en la puerta principal con dos caballos. Apresuraos o partiré solo.

Noble y maestro corrieron torpemente hacia la casa. Don Juan se santiguó espantado ante el grotesco escenario de cadáveres y sangre que hallaron en la entrada.

-Vamos, señor Conde, que hay prisa- le espetó Juan Barreto cogiéndole del brazo.

Subieron las escaleras y llegaron al despacho del aristócrata, quien, de inmediato, empezó a remover la montaña de papeles y sobres que descansaban con desorden sobre la mesa.

- ¿Dónde está?, ¿dónde demonios está?- se decía don Juan ansioso. De pronto, una sonrisa apareció en su rostro-. Ah, la he encontrado- y levantó la cartera del escribano como si se tratara del premio de un feriante-. Vámonos.

En cuanto se volvieron para enfilear la puerta quedaron plantados por el terror. Un resucitado se hallaba frente a ellos examinándoles. Sus ojos estaban incendiados de hambre, lo que significaba que la acometida no tardaría en producirse. El pequeño gemido que exhalaba fruto de su excitación era casi tan horroroso como su propia figura ensangrentada. Juan Barreto no podía darse cuenta, pero el conde le hacía a la criatura indicaciones con los ojos para que atacara al maestro. Sin embargo, el sobrepeso del noble fue razón más que suficiente para que el elegido fuera él. Dando un grito espantoso, el resucitado se abalanzó contra don Juan. El noble le acompañó en el grito y se cubrió la cara con la cartera. No obstante esperar a una muerte segura, se extrañó de no haber recibido la embestida. Al bajar lentamente la cartera de su vista, vio cómo Juan Barreto había ensartado su espada por la mejilla del salvaje. Hallábase pues como si hubiera pescado un esturión: el resucitado por zafarse y Juan Barreto sorprendido de su propia destreza y valentía. Tanto empujó el maestro que acabó atravesándole la cabeza. Un jeito certero hacia la derecha y el monstruo cayó a sus pies decapitado.

- Oh, qué horror- se quejó asqueado el noble apartándose del cadáver.

- Conde, la cartera, la cartera.

- Oh, sí- antes de dársela se detuvo-. Don Juan Barreto- señaló emocionado como si dictara sentencia-, salvasteis la vida de mi hija y ahora habéis salvado la mía. Os estaré eternamente agradecido- y le entregó la cartera-. Id con Dios y encontrad a mi hijita- le gritó mientras el maestro salía corriendo de la habitación.

Mientras se acercaba a la puerta principal, Juan Barreto cayó en la cuenta

de que jamás había montado a caballo.

- Por dios, señor Barreto, que estáis por agotar mi paciencia. Montad.

Juan Barreto le miró suplicante.

- Es que no sé.

Cardosa se cubrió desesperado la cara con la mano.

- Que me aspen si entiendo por qué demonios seguís con vida. Escuchadme, no tenemos tiempo. Montad y agarraos bien. Tened presente que si caéis no me detendré a socorreros.

Intentaba subir a la bestia el maestro cuando oyeron un grito de desesperación. Ambos se volvieron en busca de su origen y vieron a un hombre corriendo hacia ellos tan veloz como su avanzada edad le permitía. Juan Barreto empuñó decidido su espada.

-¿Pero qué hacéis, señor Barreto?- preguntó alarmado el capitán-, ¿no veis que es uno de los aldeanos?

Aguzó la vista el maestro para reconocer avergonzado su error.

- Señor, Cardosa, capitán, capitán- gritaba el campesino-. Protegednos, señor. Una maldición, una catástrofe, unos salvajes atacan el pueblo.

- Nada puedo hacer por vosotros esta vez. Mis hombres han caído y he de partir.

- ¿Pero qué podemos hacer?- preguntó con angustia.

- Sed valientes y atacadles. Solo caerán si les cortáis la cabeza- el capitán espoleó al caballo y este salió al galope-, y aseguraos que no quede ni uno de ellos en pie- alcanzó a gritar.

Juan Barreto miró impotente al campesino y le ofreció su espada. Este la cogió agradecido.

- Yo también he de irme- dijo el maestro con timidez. A la tercera subió al caballo pero la bestia permaneció inmóvil. Únicamente movía la mandíbula para rumiar. El jinete sonreía al jornalero mientras le daba palmadas al caballo para que reaccionara sin ningún éxito. De pronto, un fuerte silbido proveniente de los labios del militar activó al caballo que se encabritó para salir a toda velocidad- ¡Ay, Dios!-, pudo clamar el maestro mientras se aferraba al cuello del animal.

El capitán observaba malhumorado desde el bosque la carrera del caballo.

- ¿Cómo se para esto?- le gritó Juan Barreto al pasar a su lado como una saeta. El Capitán se rindió ante semejante despliegue de ineptitud y sonrió. Fustigó a su caballo y galopó como el viento para alcanzar al maestro, que no cesaba de suplicar al caballo para que aminorara su carrera. Adentrado ya en el bosque vio que un hombre permanecía inmóvil de espaldas a él. Comenzó a gritarle para que se apartara, pero el hombre solo alcanzó a volverse. Justo antes de que el caballo le embistiera tuvo la sensación de que se trataba de uno de los resucitados que debían estar persiguiendo a Rocío. Giró la cabeza para ver la reacción del capitán y quedó más aliviado al ver cómo Cardosa le cortaba la cabeza al pasar a su lado.

Cuando el capitán le alcanzó, pudo coger sus riendas y calmar al caballo.

- ¿Estás bien?- le preguntó el militar.

- Sí.

- Le preguntaba al caballo- dijo con seriedad.

El maestro prefirió ignorar aquella respuesta hiriente.

- ¿Ese hombre era uno de ellos?

Cardosa asintió con la cabeza.

- Ya solo nos queda uno- dijo el oficial.

- ¿Dónde podrá estar?

- Persiguiendo a Rocío, eso seguro. Sigamos.

Continuaron los dos jinetes hasta hallar un caballo sin dueño junto al puente de un río de corto caudal y aspecto profundo. Cardosa puso mala cara al comprobar la marca sobre el lomo del animal.

- Es del Conde. Me temo que rocío haya desmontado.

- ¡Rocío!- gritó el maestro al bosque.

- ¿Qué hacéis?- protestó el capitán-. Sois más bestia que esos salvajes. Callaos.

Desmontó el capitán y el maestro le imitó torpemente. Cardosa pronto se

inclinó buscando algún rastro.

- Huellas- dijo al fin- de dos personas, parece ser- justo en el momento en que levantaba la cabeza una resucitada se abalanzó sobre la espalda del maestro.

- ¡Dios mío, quitádmela, ayudadme- gritaba el maestro sin dejar de moverse- ¡me muerde, me muerde!

-Pero estaos quieto, hombre de dios.

- ¡No puedo, no puedo!

Tanto giró Juan Barreto sobre sí mismo que la mujer acabó soltándose para ir a caer al río. Militar y maestro quedaron observando cómo se hundía.

- ¡Jum!- Soltó con orgullo Juan Barreto-, así aprenderá.

El capitán le miró incrédulo ante aquel comentario.

- Juan Barreto, eso de ahí ya está muerto. No se va a ahogar.

Asimilaba el maestro la lógica aplastante de esa información cuando una mano emergió del río para cogerle el pie y arrastrarle hasta el agua. Compaginaba Juan Barreto las ahogaduras que le causaba la resucitada en sus intentos por morderle la yugular con gritos de auxilio. Cardoso suspiró resignado, se descalzó con calma, se desvistió con parsimonia las prendas que no deseaba que se mojaran, volvió a suspirar y, finalmente, se lanzó al agua espada en mano.